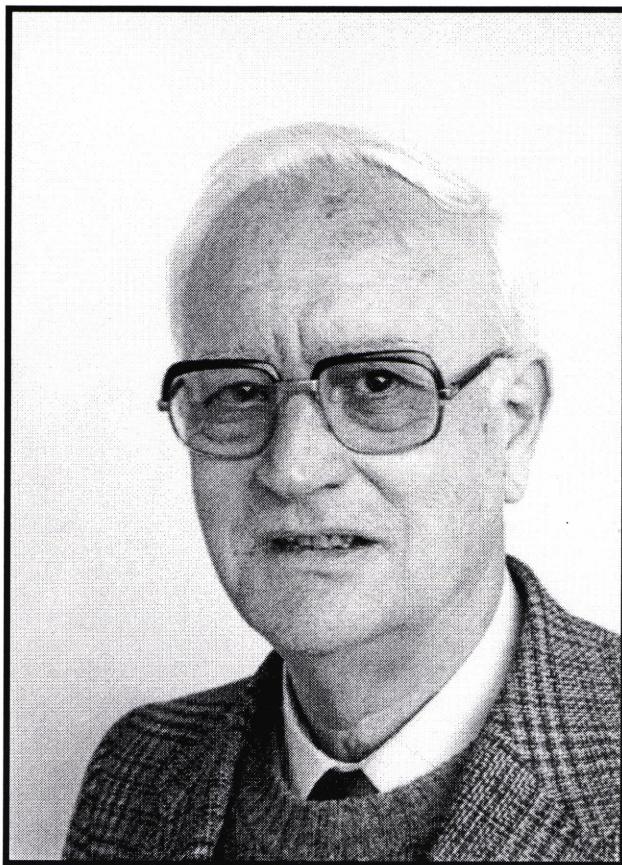


*Comunidad Salesiana
“San Bartolomé”*

*C/. Eduardo Domínguez Ávila, 19
29014 - Málaga*



*D. Enrique Fernández Cruz
Salesiano Sacerdote*



Queridos hermanos:

El día 24 de julio de 2000, os comunicaba el fallecimiento de nuestro hermano sacerdote ENRIQUE FERNÁNDEZ CRUZ, a la edad de 86 años, en el Hospital del Sagrado Corazón, regentado por las Hermanas Hospitalarias.

Le sobrevino la muerte a las 22.15 horas, celebrándose el funeral, corpore insepulto, a las 19.00 horas del día siguiente, en el Santuario de María Auxiliadora.

Con dolor, pero con la paz que proporciona la esperanza en Jesús Resucitado, anunciábamos también la noticia al pueblo de Málaga, utilizando el salmo 71 para resaltar el sentido fundamental de su vida de creyente: “En Ti tengo mi apoyo desde el seno materno. Tú eres mi porción desde las entrañas de mi madre”.

Sus restos mortales fueron inhumados en el Parque Cementerio de Málaga, en la mañana del día 26, acto al que asistió, junto con los hermanos de la comunidad, su sobrino salesiano D. Javier Pacheco y demás familiares.

DATOS BIOGRÁFICOS

D. Enrique nació de Antonio y Dolores en Gibraleón (Huelva), el 17 de junio de 1914. Fue bautizado al mes de su nacimiento y recibió el sacramento de la confirmación, a la edad de siete años, el 14 de noviembre de 1921.

Su madre era buena cristiana. Pertenecía a la Asociación de los Sagrarios Abandonados, fundada por el Arcipreste de Huelva y después Obispo de Málaga, el Beato Manuel González García. En casa se rezaba diariamente el rosario ante la capillita de María Auxiliadora.

En 1933, teniendo 19 años, terminó los estudios de Magisterio en Huelva en el Colegio fundado por D. Manuel Siurot.

A requerimiento de los Marqueses de Bertematti, D. Enrique fue enviado por el mismo Colegio, como maestro de confianza, a la escuela que

ellos crearon en Campano (Cádiz) para atender a los niños de los trabajadores y del entorno.

Entre 1936 y 1939 fue movilizado para la Guerra Civil Española, causando alta en el Regimiento de Infantería nº.6 y pasando de éste, con la graduación de Cabo del Grupo B, al Batallón Cazadores de Melilla nº.3. Con su unidad participó en los frentes de Toledo, Ávila, Madrid, Vitoria, Vizcaya, Soria, Teruel, Guadalajara, Huesca, Cataluña, Toledo y Albacete, siendo licenciado, aunque en situación de disponibilidad hasta 1953, cuando, extendida la licencia absoluta, le fueron concedidas la Medalla de la Campaña, dos Cruces Rojas y una Cruz de Guerra.

Al ser licenciado en 1939, volvió a Campano, encontrándose con la recién creada “Fundación Marqueses de Bertematti-Escuela Agrícola San Juan Bosco”, que los Marqueses habían entregado a los Salesianos. Será D. Juan Canavesio, primer director de aquella Obra, quien animaría al joven y hábil maestro a entrar en la Congregación Salesiana.

Hizo el noviciado en San José del Valle (Cádiz), emitiendo los primeros votos con 28 años, el 16 de agosto de 1942.

El curso 42/43 lo pasó en Montilla como tirocinante, incorporándose, al término, a Carabanchel (Madrid) para hacer los estudios de Teología, que llevó a cabo entre 1943 y 1947.

Dentro de ese periodo, el 25 de agosto de 1945, a los tres años de la primera profesión, emitió los votos perpetuos en Utrera.

Fue ordenado sacerdote en Madrid, el 22 de junio de 1947, trasladándose luego a Campano, donde celebró su primera misa cantada el día 29 en la iglesia de la Sagrada Familia, asistido por D. Juan Canavesio y apadrinado por la Marquesa de Bertematti. “Ensalzó las glorias del sacerdocio”, como indica la estampa recordatorio, D. Florencio Sánchez. Así se cumplía lo que la Marquesa había presentido y expresado en diversas ocasiones, desde que conoció al joven Enrique entre los pequeños alumnos de Campano: “Don Enrique será sacerdote”.

Su primer destino, tras la ordenación sacerdotal, fue la Casa Salesiana de Cádiz, para atender a los artesanos y a los aspirantes coadjutores. Allí permaneció hasta el verano de 1953, primero como Consejero y luego como Administrador. El 18 de agosto de 1947, intervino con entereza y eficacia en diversas operaciones de auxilio con motivo de la famosa explosión ocurrida en la ciudad.

A continuación, ejercería la delicada tarea de director en Málaga (1953/59), Antequera (1959/62) y en el aspirantdo de Pedro Abad (1962/64).

A partir de entonces, su salud empieza a manifestar ciertos quebrantos, que le obligan a cuidarse, cosa que hace en Antequera durante el curso 64/65, desde donde vuelve a Málaga como director durante el curso 1965/66, transcurrido el cual, y a causa del cansancio y los achaques, se le encomiendan progresivamente otros servicios, tales como el de capellán de las Hijas de María Auxiliadora en Torremolinos (1966/67), confesor en Palma del Río (1967/68) y en Málaga (1968/69), y administrador en Las Palmas de Gran Canaria.

Tras un año de descanso en Huelva (1973/74), volverá definitivamente a la Obra Salesiana de Málaga, donde, cumplidas las funciones de economista durante los cursos 1974/76, permanecerá hasta el final de sus días, ayudando en diversas tareas pastorales del colegio y del Santuario de María Auxiliadora.

ENFERMEDAD Y MUERTE

Don Enrique, por su contextura y presencia físicas, dio siempre la impresión de gozar de buena salud y de una energía capaces de grandes esfuerzos.

No obstante, ya por los años de su primer directorado en Málaga, va a tomar las aguas medicinales de Lanjaron. Pero es en 1964, estando de director en el aspirantado de Pedro Abad, cuando se le diagnostica insuficiencia de miocardio, sintiéndose obligado, desde entonces, a un riguroso plan alimenticio y farmacológico.

A partir de 1977, debe cuidarse también de diabetes. Durante los años 1981 y 1982, por efecto de un aparatoso accidente automovilístico con otros hermanos de la comunidad de Antequera, necesitó someterse a una intervención quirúrgica en la rodilla derecha.

De mayo a finales de octubre de 1986, atravesó un periodo delicado a causa de una pertinaz infección de vejiga que, junto a la manifestación de un adenoma de próstata, se resolvió finalmente por medio de una operación, que no evitó, sin embargo, una prostatitis crónica.

En octubre del 90, en la distribución de las tareas comunitarias, se le asigna a D. Enrique “lo que pueda hacer”, tal era ya el estado de su salud.

Del 91 al 97, se abre un difícil periodo, que desconcertó a cuantos convivían con él, debido a sus frecuentes y extrañas reacciones psicofísicas, motivadas por un estado de continuo malestar general, decaimiento y dificultad respiratoria. Fueron muchas las veces que, en poco tiempo, hubo de ser trasladado al Hospital Carlos Haya para asistencia urgente de dolores torácicos y otras molestias, en relación, al parecer, con su habitual cardiopatía isquémica, situaciones a las que él solía reaccionar con gran ansiedad.

Consecuencia de aquellas consultas, fueron otras muchas, atendidas por especialistas del aparato digestivo y del sistema nefrológico. Dentro de dicho periodo, fue intervenido también de ambas cataratas y de una fractura causada por una caída.

La crónica de la casa recoge, en estas circunstancias, una alusión cariñosa a D. Enrique, digna de todo encomio. El conista deja escrito, el día 5 de agosto de 1995, cuando deja constancia de los hermanos que componen la comunidad: “D. Enrique Fernández Cruz: Hombre emérito de la casa. Está muy cansado y, con sus achaques, hay que saberlo querer”.

Su estado de salud psicofísica llegó a ser tan preocupante, que, no disponiendo la comunidad de personas suficientes ni medios adecuados, con el consentimiento del Sr. Inspector, D. Felipe Acosta, y la buena disposición de las Hermanas Hospitalarias, D. Enrique fue ingresado en el Complejo Asistencial que ellas atienden a pocos pasos de nuestra Obra.

El informe médico elaborado a su ingreso, el día 25 de febrero de 1997, para valoración y tratamiento de su estado psíquico, recoge, además de los antecedentes ya conocidos y otros pormenores, una exploración psicopatológica, que el diagnóstico resumía en “comienzo tardío de la enfermedad de Alzheimer, distimia, variaciones problemáticas de la personalidad y elaboración psicológica de síntomas somáticos”

Hacía meses que su debilidad era notoria y progresiva, tanto que las Hermanas creyeron conveniente ponerlo en la misma habitación con D. Luis Parrondo, internado también en el mismo Hospital y que falleció a los pocos meses después de D. Enrique.

Como bien hacía observar D. Juan Andrés Fuentes, al comunicarnos el pésame de su comunidad, D. Enrique había sido el protagonista de una “larga y penosa enfermedad de la que todos hemos participado un poco”.

“Su muerte fue plácida, tranquila, serena. Rodeado de varias religiosas de la comunidad del Sanatorio, -a las que durante tantos años había servido de capellán-, del médico, enfermeras y tres salesianos, -describe Félix Martín, refiriéndose a sus últimos momentos-, lo vimos apagarse poco a poco mientras recibía los últimos sacramentos. A las 22.15 horas, el médico nos indicó que ya había terminado. Una de las religiosas presentes exclamó con firmeza y claridad: Ya está en el cielo!. La seguridad y el convencimiento de aquella afirmación me impresionaron profunda y agradablemente”.

EXPERIENCIA FINAL DE SOLEDAD Y OBEDIENCIA

Así puede decirse de los tres años y medio que D. Enrique estuvo acogido por las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón.

Todos sabemos que, de no haber sido así, habría sufrido mucho más y su enfermedad se hubiera agravado extremadamente de inmediato.

Por eso se tomó la determinación de someterlo a los cuidados del Sanatorio y mimarlo con atenciones y visitas diarias, por parte de los hermanos de la comunidad.

A partir de este momento, fueron frecuentes las visitas del Sr. Inspector, de su sobrino Javier Pacheco y de todos aquellos hermanos que, de paso por Málaga, dedicaron unos momentos para saludarle.

No obstante y a pesar de todos los cuidados recibidos, puedo afirmar que **D. Enrique soportó, con toda la crudeza del término, una situación de dolor y contrariedad**, que no disimuló en ningún momento y que quiso evitar a toda costa, como era la de vivir fuera de la comunidad. No podré olvidar su insistencia para que lo llevara a casa, y cómo nos despedíamos de él todos los días con la amarga frustración de no poder atender sus deseos, convencidos, por otra parte, de que permanecer en el hospital era lo mejor para él.

Conscientes de su nostalgia y sufrimiento, **todos tratábamos de procurarle consuelo y estímulo**. Son preciosas, a este respecto, las palabras que su entrañable amigo D. Luis Hernández Casado le dirigía al felicitarlo

por su onomástico en julio de 1999, con una bonita tarjeta de San Juan Bosco rodeado de chicos sonrientes: "Sin duda que, debido a su precaria salud, echará Vd. de menos las caras alegres de esos muchachos que rodean y festejan al padre de su plétórica y contagiosa alegría; pero así, en su como doliente destierro de tan grata compañía, puede ofrecer al Señor el sacrificio silencioso de su soledad en beneficio de las almas. Él pagará bien, sin duda, esa ofrenda muy valiosa, pues es buen pagador".

Por aquellas mismas fechas, D. Antonio Carrasco, muy querido de D. Enrique, le felicitaba con sentimientos de esperanza al manifestarle que "a veces sólo nos queda la alegría de sabernos amados de Dios y la seguridad de que nos espera una felicidad eterna, que nadie podrá arrebatarnos por la bondad de quien nos quiso salvar desde la cruz". Idea que luego le ofrecía transformada en un bello poema titulado "No hay soledad si está el Amigo".

Con ocasión de las fiestas de Navidad y de San Juan Bosco, lo sacábamos del Hospital para darle un paseo en coche por la ciudad y comer con la comunidad y los amigos invitados. Lo primero que pedía, al llegar al colegio, era visitar a María Auxiliadora en el Santuario, que él había atendido con tanto cariño y devoción durante años. Terminada la comida y tras saludar a todos, gustaba subir a su habitación, repasar sus escasas pertenencias y permanecer un rato con nosotros hasta que, cansado y un poco aturdido, se prestaba sin resistencia a volver al hospital.

La determinación Capitular de construir una casa para enfermos en Córdoba, suscitó en D. Enrique una gozosa esperanza, que alimentaba interesándose frecuentemente por su ubicación, desarrollo de las obras y los detalles de habitabilidad.

A pesar de todo, **es de justicia destacar que D. Enrique supo también afrontar la propia situación**, colaborando con lo más exquisito de sí, poniendo de manifiesto, hasta el final de sus días, la calidad de su personalidad humana y cristiana.

Por una parte, **supo hacer significativa su presencia entre los enfermos**, demostrando amabilidad y agradecimiento con todos, especialmente con cuantos le visitaban y le dedicaban un poco de su tiempo, cuyas ocurrencias luego nos contaba. Saludaba a todos a su paso, enfermeras y enfermos, y dio muestras de confianza a quien generosamente se prestó a ayudarle. Gustaba de repartir almanaques de María Auxiliadora y de invitar a todos los enfermos de su planta con motivo de la fiesta de San Enrique.

Dedicaba mucho tiempo a la lectura, que comentaba en nuestras visitas diarias, y estaba deseoso de que le proporcionáramos Noticias de Familia y prensa salesiana.

Por otra parte, es de admirar cómo se apoyó en la fe en momentos de tanta flaqueza y debilidad, cuando, sobre todos los posibles desvaríos mentales, queda la conciencia clarividente de que no solamente ya no somos necesarios, sino que, además, cualquier pequeño soplo nos puede.

La estancia en el Hospital de las Hermanas fue, sin duda, para D. Enrique, una experiencia profunda de fe y confianza en Dios. Así me lo manifestaba, en pocas palabra y con una sonrisa apenas esbozada, un día 24 después de darle la bendición de María Auxiliadora.

Muchas veces, mientras retornábamos de visitarlo, hemos comentando su **paciencia y resignación** ante lo dispuesto por los superiores, hasta convertirse en docilidad por la fuerza de una fe alimentada con la celebración diaria de la eucaristía, -aún estando ya sin fuerzas-, con la oportuna solicitud del sacramento de la penitencia y el rezó del rosario y del oficio divino.

Llegado a este punto, no puedo menos de manifestaros, queridos hermanos, con agradecimiento y admiración hacia D. Enrique, la riqueza espiritual que ha supuesto, para todos los que hemos compartido con él estos tres últimos años de su vida, la experiencia de soledad y de obediencia que tan generosamente nos ha brindado.

TODO UN CABALLERO

Resulta gratificante conocer a D. Enrique “con ojos y sentimientos nuevos”, -utilizando una expresión de D. Miguel Raigón en su mensaje de condolencia-, para calar en el fondo de su ser y descubrir esos preciosos matices que, más allá del arañazo de las circunstancias, eran él mismo.

Debo agradecer, a este respecto, los abundantes testimonios de hermanos y conocidos en torno a la personalidad de D. Enrique. Es imposible aludir a todos y, además, liberarlos de su dimensión salesiana que, sin duda, los engrandeció y embelleció.

Él mismo, en una de sus intervenciones periódicas ante la comunidad de Málaga, siendo director, exhortaba a los salesianos con una expresión que, con toda seguridad, define lo que fue su línea de comportamiento habitual, y resume cuanto ahora voy a explicitar: “Asegurar el espíritu de familia, -les decía-, la comprensión, la unidad; limar asperezas, olvidar rencillas, acercar distancias”.

Era bien considerado por su **prestashopia y presencia física**. Traslucía un **carácter fuerte y exigente** que, no obstante algunas malas pasadas de las que luego pedía perdón, sabía controlar y dirigir, tanto para una mayor exigencia consigo mismo, como para actuar con eficacia y la precisa autoridad.

En la semblanza que, sobre D. Enrique, publicó en el Boletín de la Diócesis de Málaga, D. Francisco Parrilla, Vicario Episcopal para el Clero y la Vida Consagrada, relata que “era exigente consigo, exigente con los demás, pero con el especial sabor de los que realmente sólo quieren el bien de aquellos a los que sirven. Por eso, en una de las despedidas, le entregaron un regalo con la siguiente inscripción: “Le acompañan sus hermanos y la gratitud de todos los que le amamos”.

D. Luis Hernández Casado, en alusión a “D. Enrique en Cádiz, como Consejero Profesional y Escolar”, recuerda emocionado cómo “aquello se convirtió en una balsa de aceite y tierra viva de vocaciones. Y todo, sin estriñencias ni castigos; su **autoridad y prestigio** bastaban”. Así mismo, D. Eusebio Muñoz reconoce, en una carta que le escribe desde Roma durante el Capítulo General del 90 y con motivo de la Beatificación de D. Rinaldi, “su temple y capacidad para asumir, con entereza y serenidad, lo que la vida le va ofreciendo”. “Sin duda, observa D. Félix Martín, esta manera de ser, a pesar de sus inconvenientes, le ayudó mucho durante su enfermedad y a llegar a aceptar con docilidad lo que dispusieron los superiores”.

Pero, además, tales características se complementaron armónicamente con otras cualidades personales que diseñaron el talante habitual de D. Enrique y que cuantos lo conocieron admiraron.

Su **tendencia al orden** como método, y el **cuidado de sus pertenencias y de las cosas** en general, se hermanaron en una gran **capacidad de trabajo** y una ejemplar **responsabilidad**, que dieron a cuanto emprendía un alto grado de **eficacia**. En una de sus conferencias a la comunidad de Málaga, decía: “Todos unidos en un mismo espíritu, en unas mismas ilusiones, resistentes a la fatiga y al cansancio”.

Así expresaba en palabras lo que para él fue norma de vida, y que D. Luis Hernández Casado, aludiendo de nuevo a su estancia en Cádiz, confirma relatando que “ya, recién ordenado sacerdote (...), dadas las condiciones en que allí se vivía, debió hacérsele muy dura la vida, o mejor, la jornada de trabajo, que duraba las 24 horas, día y noche (...). El atendía a todo y a todos, supliendo, incluso, en su trabajo a alguno de los hermanos que podían tomarse unos días de vacaciones o de Ejercicios Espirituales (...). La tarde del 18 de agosto de 1947, cuando la explosión de Cádiz (...), sólo D. Enrique, impávido, estaba en su puesto para dar cuenta de lo ocurrido (...), nadie más se atrevió en aquel momento de peligro”....

Este espíritu de trabajo y de responsabilidad fue determinante también para el éxito de su gestión, siendo director de Málaga, como luego veremos.

Para todos era manifiesto su “**estilo caballeroso**”, como lo califica D. Antonio Carrasco, traduciéndose en continuos gestos y manifestaciones de afecto, delicadeza, buenos modales y trato exquisito. Todo esto tuvo mucho que ver en multitud de atenciones con los hermanos de comunidad, con los jóvenes, a quienes siempre reconocía el mérito del esfuerzo hecho, con los salesianos y los seglares de donde quiera procedieran, y a los que siempre acogía y facilitaba cuanto era necesario.

Aunque parco en palabras, siempre estuvo atento al detalle cortés, a la visita oportunamente a las autoridades con motivo de efemérides sociales de la época; a las pruebas de agradecimiento con los bienhechores y con las Hermanas Hospitalarias, en cuyas Bodas de Diamante, el 5 de junio de 1956, participó en todos los actos con un buen número de salesianos.

Cabe destacar la frecuencia con que obsequiaba a la comunidad con salidas, excursiones y cenas en la playa, de las que la crónica de la casa se hace eco en distintas circunstancias.

Lo que fue tónica general de su buen hacer, D. Miguel Raigón lo concentra así, aludiendo a la breve relación que mantuvo con él durante un año en la comunidad de Málaga: “Siempre fue una persona muy atenta con todos y muy especialmente con los hermanos (...). siempre preocupado por el trabajo de los hermanos y por las dificultades del colegio, siempre atento a las necesidades de los que convivían con él, y siempre delicado en sus apreciaciones y juicios”.

D. Francisco Aneas, que convivió más tiempo con él, resalta “su cortesía con todos, pequeños y grandes, salesianos y familiares, asociaciones y

enfermos del barrio, que todavía guardan grata memoria de él. La delicadeza con los hermanos llegaba hasta preocuparse por el buen funcionamiento de la cocina, por la limpieza y la comida sana. En la mesa, solía ofrecer parte de su comida al hermano que creía más necesitado”.

Esta actitud la transformaba, siempre que tenía oportunidad, en pruebas de **hospitalidad** y de iniciativas para **superar dificultades**. Numerosos grupos de jóvenes, especialmente aspirantes de Montilla y salesianos pasaron por el Colegio de Málaga, en tiempos de D. Enrique, dejando constancia del trato exquisito que siempre se les dispensó. “Los sacerdotes que, por diversos motivos, añade D. Francisco Parrilla, nos acercamos al colegio y al templo de los salesianos, siempre encontramos en D. Enrique el afecto, la sencillez y el talante educado. Quería que nos sintiéramos a gusto, como en la propia casa”.

Era enternecedor verlo darnos las gracias cada tarde, al despedirnos de él en el Hospital y cómo, sin olvidarse ni una sola vez, daba saludos para todos los hermanos, por quienes se interesaba a menudo.

Todo un arte de saber estar, acoger y compatir, que le ganó, a lo largo de toda su vida, “la confianza de todos, donde quiera que estuvo, desde la Escuela de D. Manuel Siurot a cuantos superiores tuvo, pasando por la Marquesa de Bertematti, el General Alonso Vega y todos los representantes de las diversas instituciones con las que tuvo que relacionarse.

GRAN SALESIANO

La vocación salesiana de D. Enrique estuvo muy **ligada a la Obra Salesiana de Campano**, como observa su sobrino D. Javier Pacheco y explica con énfasis D. Luis Hernández Casado: “Finalizada la guerra (1939), volvía a su escuela de Campano, donde D. Juan Canavesio era director de la reciente comunidad salesiana de la Fundación Bertematti. Bien acogido por los salesianos, mientras se hacía de nuevo con su escuela, revivía, sin duda, él la salesianidad que había vivido en la Escuela Normal de Huelva, bajo la dirección del salesianísimo D. Manuel Siurot, que, a su vez, la había bebido de su gran amigo el Arcipreste de Huelva, D. Manuel González García, posterior Obispo de Málaga y Palencia”.

Esa vocación **la vivió siempre con orgullo**, como lo expresaba públicamente dando la bienvenida al entonces Rector Mayor D. Renato

Ziggiotti en 1961: “Sepa que estamos contentos y orgullosos de ser salesianos, que nuestro mejor distintivo es ser componentes de esta fuerza potente que es la Congregación al servicio de la Iglesia”.

Como religioso salesiano tuvo y se dejó guiar por un profundo **sentido de la autoridad como servicio**. Recuerdo cómo, en una de mis visitas en el Hospital, queriéndome ayudar en mis funciones de director, me decía, acompañando la voz con el gesto: “Dígalo con autoridad”.

Así lo puso de manifiesto repetidas veces, tanto en discursitos de bienvenida al Inspector en sus visitas a la casa, -escritos de puño y letra en cuartillas ya envejecidas por la historia y el tiempo-, como en educativas arengas a los jóvenes que ostentaban cargos de responsabilidad en las asociaciones juveniles del colegio, en las que, con energía y claridad, los llamaba a la exigencia personal, a entender su cargo como servicio a los demás a ejemplo de Jesús: “Servir es la idea más grande que debes meditar: Destruye el egoísmo que ha echado raíces en todo muchacho. Esta idea sólo la entenderás cuando te decidas a dar a los demás algo de lo tuyo, a sacrificarte por ellos en algo que no te agrade”.

Su **respeto y obsequiosidad con la autoridad ajena**, le llevaba a interpretar la presencia de los superiores en la comunidad como “la presencia misma de D. Bosco”, como “muestra de cariño y reconocimiento a la comunidad” y como “consuelo y apoyo en las limitaciones y necesidades de la Obra”. Así se lo manifestó a D. Modesto Bellido, en mayo del 63, con motivo de su visita extraordinaria al aspirantado de Pedro Abad. De ahí, también, su relación continua con el Inspector y sus muestras de agradecimiento constante.

Las dos grandes preocupaciones por las que, como salesiano, trabajó incansablemente fueron **la comunidad y los jóvenes**.

Desde sus comienzos como maestro, su trato era el de alguien que demostraba gran capacidad para la relación educador-educando, cuyo trato distaba mucho del de otros profesionales. Esto lo puso de manifiesto, de manera particular, con los aspirantes de Montilla, siendo todavía estudiante de teología.

En los años de Antequera, D. Antonio Carrasco pudo captar su gran capacidad de trabajo e ilusión por todo lo que pudiera aprovechar a los alumnos. Llevaba con celo y talante salesiano el inmenso trabajo del colegio y la labor del cortijo. Recorrió la finca de un extremo a otro, sin que nada escapara a su tarea de vigilar los intereses de la Fundación y del colegio.

Siempre atento, en Málaga, al bien de los muchachos, dormía muy poco, visitando continuamente los dormitorios. La salud y la moral de los jóvenes eran, para él, una sana obsesión. Al preguntarle cuándo dormía, solía contestar: "Duermo poco, pero con intensidad. Hay que ser Ángel de la Guarda y como la madre que vela por sus hijos". Sus desvelos a favor de los muchachos, como luego veremos, no tuvieron límite.

La comunidad, el bienestar de los hermanos, los mil detalles... fue otra de las constantes de D. Enrique. Tanto la crónica de la casa como los testimonios de los hermanos están plagados de alusiones y agradecimientos a sus cuidados. Commueve leer estos renglones de D. Antonio Carrasco que, sin duda, son ejemplo del comportamiento de D. Enrique por donde quiera pasó: "Hacía lo posible porque estuviéramos unidos. Vivía con placer la vida de comunidad y gozaba con sorprendernos con detalles cuando salía de viaje o cuando organizaba excursiones, paseos y cenas en lugares agradables. Todo estaba previsto para sorprendernos. Gozaba con la comunidad".

Participó frecuentemente en la atención pastoral y ministerial con las **Hijas de María Auxiliadora** en Torremolinos y Marbella, siendo muy querido por ellas.

"¿Qué más quiere que le diga?, -concluyó esta faceta con D. Luis Hernández Casado-, la emoción me bloquea las ideas. Perdone mi ineptitud. Pero sólo le diré que D. Enrique es para mí un salesiano de cuerpo entero: piadoso, amable, eficaz... modelo en todo concepto".

ESPIRITUALIDAD SALESIANA

Su espiritualidad sólo podía ser salesiana, y el único soporte capaz de mantener en pie cuanto llegamos a conocer y, sobre todo, a intuir por lo dicho hasta ahora.

Suscita un gran gozo espiritual leer con detenimiento la serie de breves reflexiones y pensamientos, -quizás escritos a partir del año de noviciado y como resumen de ratos de lectura meditada-, donde iba plasmado lo más exquisito de su espiritualidad, cuajado en consideraciones y normas de vida. En ellas va dibujando, como en un cuadro sujeto a continuos retoques, las múltiples y más sensibles facetas que todos guardamos con sigilo y exclusividad para la comunicación con el Espíritu y orientación en la vida cotidiana.

Junto a esto, descubrimos también una serie de peticiones motivadas, escritas en buena pero diminuta caligrafía, que, probablemente, utilizaría en sus ratos de **oración personal**: La comunidad, diversos aspectos de la misión, grupos de familia salesiana, la comunidad educativa, los superiores y las necesidades de la Congregación y de la Inspectoría, circunstancias diversas de la vida y del mundo, son objeto de su oración diaria.

La presencia de Dios, como estímulo de la conciencia y del buen hacer, que tantas veces inculcó a los niños y a los jóvenes, fue uno de los ejes de su vida interior, como refleja en sus notas espirituales. De ahí que muchos percibieran con facilidad, en D. Enrique, una **conciencia fina y delicada**, sobre todo cuando se trataba de la fidelidad a su condición de religioso.

Su probado **sentido de Iglesia** se expresaba en continuas manifestaciones en las que hacía participar tanto a los salesianos como a los alumnos. Era normal que los internos participaran en la misa de la Catedral, presidida por el Sr. Obispo, en la celebración anual del Día del Papa y la Fiesta de Pascua. Igualmente sucedía con las celebraciones parroquiales del Corpus y de la Patrona, la Divina Pastora. Algunos gestos lograron especial relieve por su gran significado, como fueron el personarse, acompañado de algún salesiano, para felicitar al Sr. Obispo en su onomástica, y el telegrama que dirigió al Papa en 1953, con motivo de la persecución de la Iglesia en Polonia, y al que contestó amablemente el entonces Prosecretario de Estado, Cardenal Montini, según se conserva en el archivo de la casa.

La devoción a María Auxiliadora adquiere, en Don Enrique, tintes excepcionales. Resulta bonito constatar el encabezamiento “Ave María Purísima” en todos los esquemas que ha dejado de homilías, retiros y Ejercicios Espirituales, desde 1955, por otra parte tan enjundiosos y bien construidos. En muchos de ellos, tras el exordio, interrumpe, según la costumbre del tiempo, para invocar con los fieles, el auxilio de la Virgen.

María Auxiliadora estaba siempre presente en aquellos “Recuerdos para las vacaciones”, junto a unos sencillos pero oportunos consejos en relación con las amistades y la obediencia a los padres, que se entregaban a los alumnos, impresos en una estampita, después de una sabrosa plática. Cada año, con motivo de la Fiesta de María Auxiliadora, surgían nuevas iniciativas para realizar la novena y dignificar la fiesta. Una procesión, cuyo itinerario hoy parecería impensable, culminaba “aqueños días grandiosos”.

El servicio pastoral que prestó, en repetidas ocasiones, como consiliario de la Asociación de María Auxiliadora y encargado de la iglesia, fue

una plataforma propicia para divulgar la devoción a María Auxiliadora entre el pueblo, y que inculcó también en Gibraleón, su pueblo natal, con la difusión de capillitas y regalando una imagen a la Parroquia. “Al respecto, -refiere D. Francisco Aneas-, llevaba su cetro a los enfermos, ponía sus cartas a los pies de la Virgen, a la que nunca faltaban flores frescas; regalaba su imagen a los novios que casaba y se preocupaba de traer el predicador que más impacto podía producir”. Y cuenta que, “cuando la riada de Valencia, ofreció, como regalo, el cetro de la Virgen a D. Marcelino Olaechea, que, luego, sustituyó por un donativo, al no ser aceptado por aquél”.

“Entre los que tienen relación con el colegio o con el Santuario, escribe D. Francisco Parrilla, ¿quién no ha visto a D. Enrique con el rosario en la mano?. Y la alegría con que repartía los almanaques y las estampas de la Virgen, acompañada siempre la entrega con un consejo que animaba la piedad y la devoción a la Virgen”.

Con referencia a **San Juan Bosco**, conservaba D. Enrique el mayor número de homilías e intervenciones escritas, dirigidas a los hermanos, a los jóvenes y a todos los públicos. En ellas son manifiestos su devoción y su entusiasmo por D. Bosco, ante quien se siente “impresionado por su sencillez, por su humildad, por su pobreza, por su inagotable e incansable espíritu de servicio a los jóvenes que más lo necesitan, por su amor a la Eucaristía y por su devoción a María”.

SACERDOTE CONVENCIDO

Su dimensión sacerdotal se expresa con fuertes tintes salesianos, como no podría ser de otra manera. D. Enrique es siempre y en todas partes **salesiano sacerdote y sacerdote salesiano**. Sólo así se puede entender el desarrollo de la misión que tuvo encomendada, a lo largo del tiempo, en sus diferentes formas.

El lema de su ordenación sacerdotal –“Señor, rompiste mis cadenas. Por eso te ofreceré un sacrificio de alabanza”, del salmo 115-, recogió proféticamente y presidió por entero una vida entregada **al servicio del Reino**, no sólo desde la libertad humana más radical, sino que, además, le hizo sentir en plenitud la libertad interior de los hijos de Dios.

Por eso toda su vida fue un canto de libertad y de alabanza en el ejercicio del sacerdocio.

La Eucaristía, celebrada con verdadero espíritu hasta pocos días antes de morir, aunque estaba ya torpe y sin fuerzas, el rezo constante del **Oficio Divino**, su **predicación** siempre dispuesta para cualquier ocasión, su disponibilidad para **confesar** y transmitir el perdón de Dios, la paz y el gozo del espíritu, las **visitas a los enfermos** del barrio, la atención a los problemas de la familia y de la pareja, los ratos de **oración ante el sagrario** “cuando no se le encontraba”, no fueron sino demostración del espíritu sacerdotal, convencido y fuerte, vivido con la intensidad del auténtico creyente al servicio de todo el pueblo de Dios.

DIRECTOR EN MÁLAGA

Al parecer, D. Enrique fue enviado a Málaga poco menos que para clausurar la obra. Tal era el cúmulo de dificultades, de penuria material y de medios, junto a la insuficiencia de alumnos, que el esfuerzo de la comunidad por sobrevivir había llegado al límite de lo posible.

Eran los años difíciles de la posguerra, con su sombra proyectada sobre una barriada de Capuchinos con muchas carencias, con mucha tristeza, pero con un sentido profundo de vecindad, de la amistad y de la colaboración entre unos y otros. Pero es aquí, y precisamente por eso, donde D. Enrique **encarna su vocación salesiana**, sabedor de que la misión que debe desarrollar, de última y acabada debe convertirse en preferente.

Él mismo dejó escrito en una breve memoria de aquellos años: “La casa estaba bastante descuidada; muchos locales, cerrados y desprovistos de material. Funcionaban cinco clases de Enseñanza Primaria, totalmente gratuitas, y albergaba unos 20 alumnos internos, procedentes de Protección de Menores, distribuidos en los talleres de imprenta, encuadernación, sastrería y algo de carpintería”.

La fe adquiere dimensiones insólitas, cuando se nos cuenta que, el día de su presentación, encontró en caja 3.25 Pts., y que la cena de los primeros días consistió en unas cucharadas de pipas de girasol.

En esta situación, el arrojo de D. Enrique fue clave para **recuperar la esperanza y la alegría** de los salesianos y los alumnos, que compartían vida y penas en aquellos años, y que fueron, probablemente, los más fecundos y gratificantes de toda su vida salesiana.

Con los pies en el suelo pero con una visión de futuro clarividente, se pudo manos a la obra buscando puntos de apoyo en una gran confianza en sí mismo y en la colaboración de diversas instituciones y bienhechores particulares —cooperadores de entonces-. Moviliza toda su riqueza personal, su creatividad, su capacidad de trabajo, su don para conseguir recursos. Potencia y organiza el colegio, recupera locales y consigue que sea cada día más reconocido y requerido por los padres de los niños.

En este sentido, supo gestionar la valiosa colaboración del Patronato de Huérfanos Militares, -que hizo crecer considerablemente el número de alumnos internos-, del buen cooperador D. Salvador de Lucchi, gerente de Minerva, e, incluso, del director del Colegio Salesiano de Cádiz, que ayudó con material y maquinaria.

D. Enrique aparece, dentro de este cuadro, como incansable viajero en la búsqueda de recursos, equipamiento y comida. Madrid, Ceuta y Melilla saben mucho de su figura y de sus propósitos.

Del trabajo desarrollado durante los años de su directorado, pueden deducirse tres objetivos prioritarios en la obra de D. Enrique: Revitalizar la comunidad, recuperar el espíritu salesiano en la actividad colegial y mejorar las instalaciones.

Que la comunidad fue su ojito derecho ya ha quedado patente. Cuidados, atenciones, mil detalles sorpresivos, -que pronto adquirieron carta de naturaleza-, junto a una entrega incondicional a la misión, despiertan la confianza y la ilusión de los hermanos, que cada día se identifican más con su director. Prueba de ello son no pocos retazos de la crónica de la casa que, con fidelidad notarial constata, cuando el director sale de viaje, “que le acompañamos con nuestras oraciones para que sus gestiones y los problemas de la casa tengan feliz resultado”. Y, más delante, dicen: “Agradecemos, una vez más al Sr. Director, los sacrificios que se impone para que todos estemos contentos en casa (11.02.59).

Su ímpetu vocacional fue capaz de impulsar el espíritu salesiano en todas sus facetas. El Oratorio Festivo es motivo para que los patios, -entonces eran varios-, nunca estén vacíos, antes bien sean lugar de alegría y bullicio para niños y jóvenes. Al aumento considerable de alumnos internos, ya en el curso 54/55, se añaden frecuentes y bien preparadas prácticas de piedad, constantes veladas y obras de teatro, paseos y excursiones; se preparan minuciosamente los días de fiesta y las vacaciones para aquellos

alumnos que se quedan en casa...Actividades todas, propias de la pedagogía salesiana, que transforman el colegio en un hogar, que estimula y abre esperanzados a la vida.

Quizás la faceta más aparente correspondió a las **mejoras materiales** y organizativas. En septiembre del 53, ya acomete las primeras reformas con las instalaciones de agua fría y caliente, blanqueando algunos locales y el patio, con satisfacción manifiesta de propios y extraños. Para el curso 54/55, se habían ampliado, blanqueado y pintado locales y talleres. Para octubre del 55, “la casa está notablemente mejorada” con una nueva instalación eléctrica en el patio y en el teatro, con nuevos dormitorios y escaleras, y aumento del equipamiento en los talleres.

Mientras sigue creciendo el número de alumnos externos e internos, en septiembre del 56, han sido numerosas y de cierta envergadura las obras que se llevan a cabo en el nuevo pabellón de mecánica y el teatro.

Tras dejar constancia el cronista de la casa de “la satisfacción de todos por la reelección del Director para otros tres años” (15.08.56), añade el 1 de octubre, como para explicar del motivo: “Durante todo el día están entrando niños pensionistas, quedando encantados sus padres de ver la limpieza del colegio. Al mediodía llegan los chicos del Patronato, procedentes de Extremadura, Sevilla, Madrid y el Norte”.

Un momento especialmente importante y gozoso para los salesianos fue que, después de largas gestiones empezadas por directores anteriores, el 19 de agosto de 1957 se firmara “la adquisición de la Casa Cuartel, que está junto a nuestro edificio, en el ángulo existente entre la iglesia y el patio de los artesanos”.

Nuevos objetivos surgían, una vez satisfechas las condiciones encontradas: **El reconocimiento de la organización y funcionamiento del centro**, por parte de la Administración Educativa, y **lograr trabajo para los nuevos jóvenes profesionales que salían de nuestros talleres**.

Junto a la demolición de la Casa Cuartel y la construcción del nuevo edificio, los meses de julio y agosto del 58 son testigos de la actividad frenética llevada a cabo por D. Enrique para conseguir el reconocimiento de las especialidades profesionales que se imparten en el colegio, como garantía del empeño de la Congregación en la formación integral de los jóvenes malagueños más necesitados.

Trabajo intenso, creatividad y decisión, crecimiento comunitario, aumento del número de alumnos, impulso educativo, espíritu de piedad y fiesta, mejoras estructurales, hospitalidad y gratitud a los bienhechores...fueron, entre otras, las principales características de “la importante obra llevada a cabo por D. Enrique en esta Iglesia Particular y más concretamente en el Barrio de Capuchinos, tanto en el aspecto espiritual, como social y docente”, en palabras de nuestro Sr. Obispo.

“El bien que ha hecho en Málaga sólo Dios lo conoce, -termina su semblanza el, varias veces, citado D. Francisco Parrilla-, pero todos sabemos que han sido tantos los que se han beneficiado de su entrega, que, en estos momentos, sólo debemos dar gracias al Señor por la vida cristiana, sacerdotal y salesiana de D. Enrique Fernández”.

CONCLUSIÓN

Queridos hermanos: Si toda “carta mortuoria” debe superar, por definición, la mera noticia o comunicación de la muerte de un hermano, el agradable deber de escribir la de D. Enrique ha supuesto, para mí, la experiencia de un encuentro, -quizás más vivo y fecundo que con la vida-, con la muerte de un ser querido que desnuda osadamente la propia intimidad por la ausencia que nos interpela.

En el año que separa la muerte de D. Enrique de esta semblanza, una constante reflexión sobre tantos aspectos de nuestra vida personal y comunitaria, así como del sentido de la vida y la misión, ha ido surgiendo en el quehacer cotidiano, tejiendo un entramado donde la fe y los hechos, la ilusión y la esperanza, los logros y la frustración, la seguridad y la duda, el arraigo y el desapego..., han dibujado tomas de conciencia, sentimientos y propósitos, que debo agradecer a ese hombre al que, prácticamente, conocí postrado y solo en la habitación de un Hospital Psiquiátrico.

Desde nuestra frecuente autosuficiencia, que tan celosos nos hace ser de nosotros mismos y de cuanto hacemos, a pesar de la inseguridad de nuestro tiempo y cuando parece que se nos acaba el futuro, la vida y la muerte de D. Enrique nos impele a la esperanza que surge del sacrificio de unos hermanos mayores, capaces de amar y luchar hasta la extenuación, para permitir al Espíritu del Señor seguir haciendo las maravillas de Dios.

AGRADECIMIENTOS

Esta carta, que os escribo no sólo para hacer memoria de D. Enrique, sino, sobre todo, para rendir homenaje al amor de Dios que se manifestó en él, y para estímulo de nuestra fidelidad, está redactada con los testimonios de muchos: de familiares, salesianos, y conocidos. A ello se suman presencias, gestos, y expresiones de ánimo, de condolencia y ayuda de otras muchas personas amigas, que tuvieron con nosotros por la muerte de D. Enrique.

Esto me mueve a manifestar, en nombre de nuestra comunidad y mio propio, el más profundo y sincero agradecimiento:

Al Sr. Obispo, D. Antonio Dorado Soto, que, por sí mismo, con una carta llena de delicadeza, se nos mostró cercano y cariñoso como siempre, y, por medio de D. Francisco Parrilla, Vicario Episcopal para el Clero y la Vida Consagrada, nos acompañó en la eucaristía del sepelio.

Al Sr. Inspector, D. Felipe Acosta, y a los hermanos del Consejo Inspectorial, porque se interesaron constantemente por él y nos animaron, en todo momento, en nuestra dedicación.

A D. Javier Pacheco, -salesiano y sobrino de D. Enrique-, a D. Francisco Villalobos, -mi predecesor en esta casa, que quiso de verdad a D. Enrique en su debilidad y tomó la determinación de su hospitalización-, y a mis propios hermanos de comunidad, porque durante todo el proceso de la enfermedad, derrcharon cariño y atenciones con D. Enrique.

A las Hermanas Hospitalarias, porque lo acogieron como a un hermano y lo mimaron como al más necesitado de sus enfermos.

Al equipo médico y asistencial del Sanatorio, porque supo atenderlo en todo momento con esmero y exquisita delicadeza.

A Francisca, enferma interna, que fue para D. Enrique, amiga, apoyo y estímulo constante.

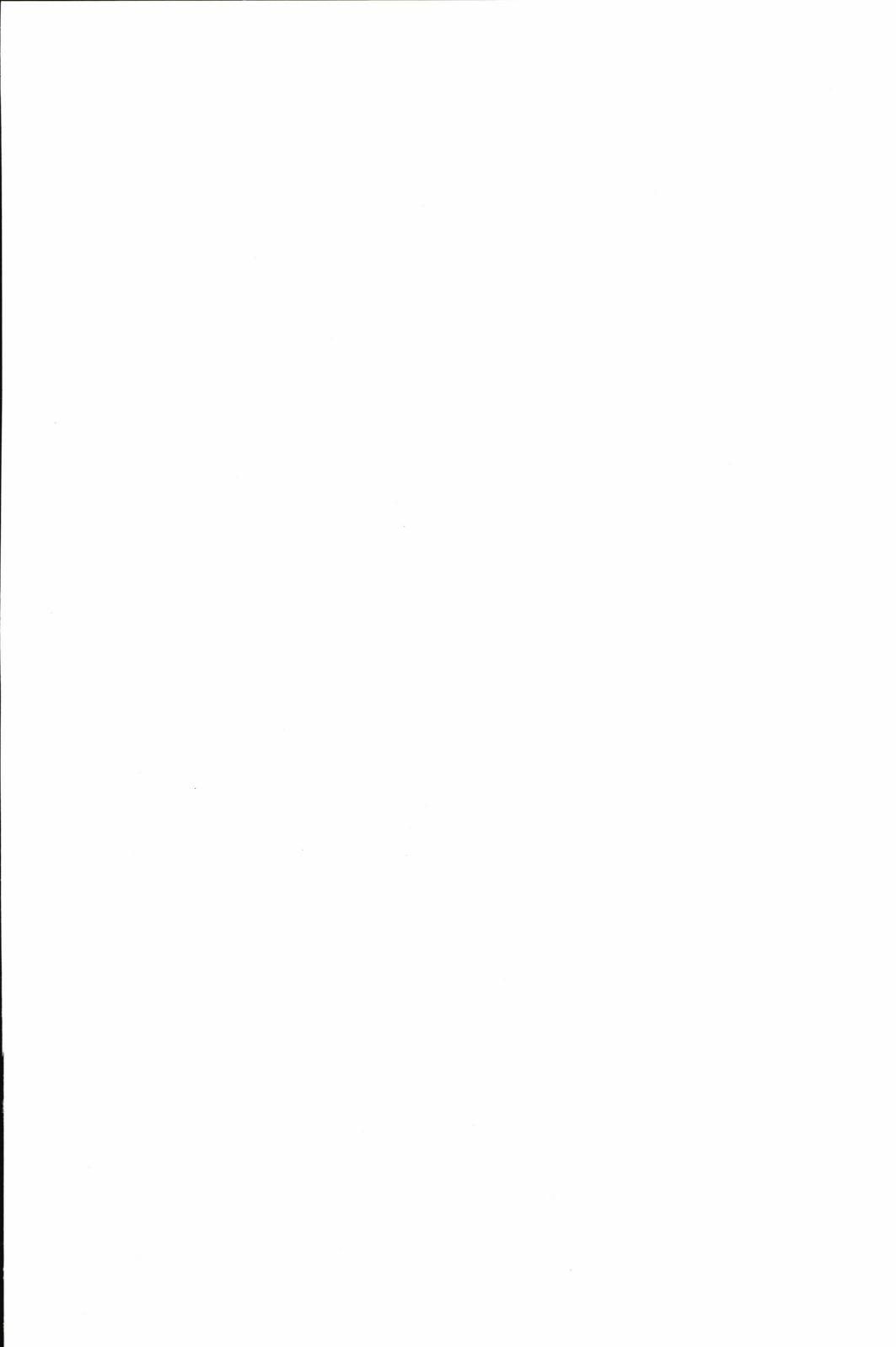
A D. Javier Pacheco y D. Francisco Parrilla, de nuevo, a D. Luis Hernández Casado, D. Antonio Carrasco, D. Rafael Moreno, D. Francisco Aneas, D. Félix Martín, D. Miguel Raigón, y a todos cuantos, con su testimonio y datos de experiencia, me han ayudado a redactar esta semblanza.

Al pediros, para terminar, una oración por el eterno descanso de D. ENRIQUE FERNÁNDEZ CRUZ, pongamos también, delante del Señor, por intercesión de María Auxiliadora, nuestra petición para que el Espíritu siga suscitando abundantes vocaciones en su Iglesia al servicio de los jóvenes y de todo el pueblo.

Vuestro afmo.

*Manuel Rubio V.
Director*

Málaga, 24 de julio de 2001.



D. Enrique Fernández Cruz

-
- Nació el 17 de junio de 1914 en Gibraleón (Huelva).
 - Profesó el 16 de agosto de 1942 en San José del Valle (Cádiz).
 - Fue ordenado sacerdote el 22 de junio de 1947 en Madrid.
 - Murió el 24 de julio de 2000 en Málaga